

EL PLACER DE PENSAMIENTO EN LA SESION Y SUS CONSECUENCIAS MUTATIVAS PARA EL ANALIZANDO¹

Sophie de Mijolla-Mellor*

Hablar de un placer de pensamiento en la sesión no implica incluir las fantasías o las representaciones originarias que participan en ella silenciosamente, supone más bien preguntarse sobre la cualidad particular del afecto que acompaña al «pensamiento decible», como resultado de metabolizaciones anteriores que han podido presentarse bajo formas completamente diferentes.

La noción que subrayamos aquí es la de «sensación intelectual», paradoja polémica dirigida contra todas las simplificaciones que intentan oponer la sensación al pensamiento, el afecto a la representación, lo somático al discurso y, finalmente, la clínica a la teoría. Esta sensación intelectual puede aparecer, según diversas formas que corresponden a momentos diferentes del trabajo de pensamiento del analista, como:

- la disrupción introducida por el movimiento interpretativo que, al subrayar un elemento inconsciente, tarastoca la lógica consciente del discurso del analizando.

- El hallazgo de la palabra clave o de la imagen sobredeterminada que se produce tal como el poeta encuentra la rima.

- La re-emergencia del recuerdo, antaño evocado y luego vuelto a olvidar por el analizando, que se impone con la claridad casi alucinatoria en el espacio representativo del analista.

- La experiencia del copensamiento, que puede traducirse ya sea puntualmente en torno a una representación, o bien en la complementariedad y el acompañamiento del proceso asociativo del analizando.

* Psicoanalista del IV Grupo. Profesora de Psicopatología en la Université Paris 7 Denis-Diderot.

1 Conferencia dictada en el IX Congreso Peruano de Psicoanálisis.

Situemos ante todo el placer de pensamiento en la sesión, tal como puede ser experimentado por el analista, a partir de dos nociones desarrolladas por Freud en relación a la emergencia del cuestionamiento sexual en el niño: la urgencia y el interés práctico. Dado que el cuestionamiento infantil resulta de una situación que lo hace necesario, el placer de pensamiento, ya sea en el análisis o fuera de él, nunca es objeto de una búsqueda directa puesto que implica un trabajo, contrariamente al movimiento espontáneo del principio de placer, que conduciría al espíritu a absorber pasivamente los mensajes sensoriales procedentes del cuerpo.

Pero paradójicamente este mismo trabajo sólo aparece si responde a una urgencia, que borra la labor discursiva y brinda la ilusión de una respuesta que se impone en el momento mismo en que la pregunta es planteada. Esta misteriosa reabsorción del tiempo que contrasta tanto con el alargamiento indefinido del aburrimiento sin objeto, es experimentada muy temprano por el niño, y el analista, en la disponibilidad flotante de su escucha, la vuelve a experimentar permanentemente. Su trabajo no se desarrolla siguiendo secuencias hipotético-deductivas tal como las produce la reflexión escrita, sino que sigue un camino en zigzag, inesperado, generador de efectos puntuales. Asimismo, jamás es abstracto y aparece acompañado de afectos: sorpresa, furia, estupefacción y... placer.

Porque sus interpretaciones y su comprensión de los procesos psíquicos empleados por su paciente no se apoyan en una causalidad simple y no tienen la virtud de modificar automáticamente su objeto, sólo le queda al analista esperar en una expectativa movilizada que permita agarrar al vuelo, en el momento favorable, dejando al sentido la posibilidad de forjarse.

Más que a los jeroglíficos, es a la pesca con caña que parece a menudo aparentarse la actividad del analista ya que, salvo con un texto de sueño, y eso, el analista no dispone jamás de los elementos del enigma, sino que aparecen poco a poco, desgranados en el tiempo. Por lo demás, el paciente no los entrega como tales, sino que el analista deberá extraerlos a partir de un discurso de tinte defensivo, discurso cuyo objeto es ante todo el de proteger la neurosis en el momento mismo en que se expone, y justamente porque se expresa.

El mayor riesgo que corre entonces el analista es el del desinvertimiento del proceso del análisis primero y del paciente después, cuando este último utiliza por demasiado tiempo las formas más recias de la resistencia como la racionalización obsesiva, la queja depresiva, el flujo ininterrumpido de afectos o el discurso fáctico uniformemente liso y sombrío. El analizando utiliza la capacidad de aburrir al otro, conscientemente o no, como un desafío, como la prueba de que, a pesar de sus pretensiones, el analista tampoco podrá hacer nada por él.

¿Qué temeridad nos ha permitido instalarnos en el sillón y en nombre de qué capacidades? Lo que la resistencia del paciente nos hace experimentar cada vez concierne directamente el sentido del quehacer analítico mismo, constituye una duda sobre su legitimidad que es necesario restaurar ya que el interés teórico aquí, tal como para los niños que se preguntan sobre el nacimiento, es ante todo un interés práctico en el sentido que se trata también de nosotros mismos.

Es ciertamente más fácil, y a veces tentador, desentenderse de la cuestión diciendo que el paciente no está dotado para el análisis o que el momento no es aún propicio para que sea tocado por la gracia de nuestras interpretaciones, pero tales evasivas están limitadas en el tiempo y su ineficacia nos obliga a encontrar otra cosa.

Hay sin embargo también analizando seductores... Lejos de cuestionarnos nuestro lugar en el sillón, estarán listos para instalarse en él con nosotros y saben mantener nuestro interés despierto mediante una disposición naturalmente novelesca, incluso humorística y una apetencia permanente por las manifestaciones de su propio inconsciente. Estos pacientes nos harían olvidar fácilmente que el papel del analista es antes que todo el de un promotor de turbación y es a menudo mucho más difícil, que en los casos evocados anteriormente, reconocer la resistencia cuando se presenta como una simpática colaboración pero que corre el riesgo de pervertirse en un aconchamiento estéril.

Es esta la razón por la cual la noción de *disrupción*, ruptura súbita de la continuidad dirigida a hacer aparecer el Otro en lugar del Mismo, me parece situarse ante todo en el corazón del vínculo transferencial, ya sea éste negativo o positivo. La disrupción no es una ruptura nítida, es más bien del tipo fragmentación que hace aparecer una multitud de parcelas, develando así la complejidad de una situación, la polivalencia de los factores en juego ahí donde la resistencia oponía una máscara lisa.

Si el riesgo de desinvertimiento del proceso analítico amenaza nuestra identidad de analista, y más profundamente el reacomodo identitario que ha acompañado nuestro propio análisis, la posibilidad de un desgaste de la virtud incisiva de la interpretación no es menos peligrosa.

En uno y otro caso, lo que ha desaparecido es la noción de urgencia, no en el sentido temporal, aunque esté también presente en el "Kairos", el «momento favorable» de la interpretación, sino la urgencia en el sentido freudiano del *lebensnot*, necesidad vital interna que no deja lugar a duda alguna.

Podríamos sin embargo preguntarnos legítimamente en qué la disrupción así entendida tiene algo que ver con el placer de pensamiento del analista en la sesión. Este placer no se anticipa como tal mediante la

urgencia disruptiva, sino que se produce como un alivio con el hallazgo interpretativo.

El aspecto de traumatofilia que otros ejercerán en los deportes violentos o en la competencia profesional, el analista, en la soledad del "tête a tête" con su paciente, lo encuentra en la reapertura de su propio inconsciente y en la suspensión del trabajo de represión consiguiente, teniendo que mantenerla al margen para que el vínculo analítico subsista.

Freud nos recuerda oportunamente que el trabajo hetero-analítico del analista puede servirle de manera defensiva para ocultar su propio y necesario trabajo auto analítico. La ilusión reposa entonces en la afirmación según la cual porque el analista está en posición de interpretar tal o cual rasgo neurótico de su paciente, debe poder ahorrarse las consecuencias de tal lucidez. Esta infatuación, en el sentido de desaprovechar el análisis en beneficio de una protección narcisista, es contradictoria con la apertura anteriormente evocada.

Si el analista puede preferir arriesgarse más que defenderse, no es por masoquismo sino porque espera obtener placer de la disrupción así introducida, un restablecimiento de equilibrio en el lugar mismo del vértigo, un triunfo aunque sea parcial contra la amenaza de aniquilamiento del sentido.

Se requiere una gran confianza que sean posibles tales experiencias, no solamente para mantener abierta la disposición en uno mismo hacia el análisis, sino sobre todo para provocarla en el paciente cuando éste se estanca en las resistencias, cuyo carácter protector salta a la vista. Es cierto que esta disrupción introducida por el analista es convocada simultáneamente por el sufrimiento neurótico del analizando en el mismo momento en que busca justamente evitarla.

Es por ello que el analista encuentra los elementos que permiten la disrupción en el punto de contacto entre los contenidos representativos preconcientes del paciente y los suyos propios. Este contacto es posible gracias a su identificación con el paciente y queda justificado por el reconocimiento que el analizando ocupa en el diván el lugar que ha sido antes el del analista y que realiza, con su singularidad propia, un recorrido que el otro ha experimentado antes que él.

Todos tenemos ejemplos personales de "hallazgos" interpretativos. Su eficacia analítica radica no en la pertinencia en términos de causalidad psíquica, sino en el placer de pensamiento que procura al analista y al analizando.

Este placer es el mismo que Freud sitúa en la raíz del placer del *Witz*, es decir el ahorro, la reducción de la defensa psíquica ligada al hecho volver a encontrar lo conocido. En ese sentido, todo hallazgo interpretativo del analista que permite al analizando un retorno hacia la infancia de la que se creía alejado para siempre, es portador de placer.

Este placer es un placer de pensamiento que reposa en la capacidad de poner en ecuación términos disímiles, de establecer un nexo entre elementos dispersos, de restituir una elección de sentido ahí donde una vía única se imponía. Se apoya sobre la misma libertad de espíritu que la que establece el sentido en el sinsentido, libertad que el analista ha aprendido a cultivar en su escucha flotante y que conlleva la inhibición permanente del movimiento espontáneo que lo conduciría a adherir, incluso a responder, al sentido manifiesto del discurso que le presentan.

Es porque existe esta inhibición, y por ende una acumulación de tensión, que va a poder producirse una descarga brusca y un placer de pensamiento. Como sucede con el chiste, este placer sólo se alcanza verdaderamente cuando se comunica el hallazgo en cuestión al analizando y cuando es recibido por éste.

Lo que descubre así el analista tendrá el valor de un placer preliminar que sólo el hecho de compartirlo con el analizando podría transformar en placer completo. Estos hallazgos tienen el poder de resumir una parte de lo inteligible de la problemática inconsciente considerada, en torno de un único término sobredeterminado.

Solución "elegante" en el sentido matemático del término, en el sentido que ahorra los tanteos. Pero más allá de la noción de ahorro psíquico, existe un placer formal que reside en el aumento de la intensidad que se condensa en un soporte verbal limitado y por ello sobredeterminado.

El placer de pensamiento es en este caso de la misma naturaleza que el que hace apreciar las líneas depuradas de un dibujo o de una melodía. Lo gozoso es la performance en el sentido literal, debido a la influencia que ofrece sobre fenómenos que de otra manera serían demasiado imprecisos y numerosos, por no decir abrumadores. A veces, aunque no siempre es el caso, ese término sobredeterminado puede ser comunicado tal cual al paciente, asumiéndose por un instante el peso de fascinación de un enigma que se resuelve en el momento mismo en que se enuncia.

A menudo, es un juego de palabras el que va a permitir el impacto del cruce de las significaciones. Pero no debemos pensar sin embargo que el "hallazgo" pueda reducirse de esa manera y podemos con todo derecho dudar de la virtud intrínsecamente analítica de los juegos de palabras y otros retruécanos. A lo más permiten, en ciertos casos, operar un descentramiento de la atención y provocar una sensación de *Unheimliche* y, de esa manera, imitando la emergencia del inconsciente, recordarnos su presencia.

Por el contrario, el hecho que los hallazgos se presenten al analista como juegos de palabras, más allá de la identificación mecanicista al maestro del género, testimonia claramente que el placer de pensamiento que se ejerce en ese momento responde a un verdadero puntapié al edificio de las

falsas apariencias y de las certezas cerradas. Pero mientras que el pensamiento se escabulle en el juego de palabras, se vuelve agudeza, entendido más en el sentido de la flecha que de la huella.

La interpretación es lanzada entonces como un último medio para retomar la disposición al análisis cuando parece haberse ausentado del discurso repetitivo del obsesivo o de la más común de las resistencias, la del discurso fáctico.

El humor, la ironía, el juego de palabras en general defienden la libertad de pensamiento cuando está amenazada por una fuerza a la que no puede oponerse contra-fuerza alguna. Ahora bien, la libertad de pensamiento amenazada puede perfectamente ser la del analista, pero su parálisis no es otra que el reflejo de la del analizando que pone en juego con nosotros la violencia de la que ha sido víctima.

Sin embargo, ahí donde el *Witz* molesta, a veces favorablemente, el "hallazgo" reúne y organiza. El placer que procura es el de un equilibrio que brota del interior, de una armonía, aunque fuera pasajera, completamente diferente del puntapié anteriormente evocado.

¿Sobre qué reposa esta sensación intelectual de armonía? ¿En qué sentido hay "solución" en el "hallazgo" y qué queremos decir cuando decimos que una interpretación "cae al pelo"? No es que hayamos encontrado milagrosamente la pieza faltante del rompecabezas ya que las combinaciones posibles para ello sobrepasan nuestras capacidades de entendimiento, incluso de intuición, sino que hemos ofrecido al paciente una representación (imagen o palabra) de la que va a poder adueñarse para hacer avanzar su propio camino interpretativo.

Si toda interpretación que viene del analista se encuentra con una auto interpretación previa del analizando, es porque ambas interpretaciones están caducas o se han revelado impotentes para cumplir su tarea, razón por la que normalmente se nos solicita un análisis. Este placer de reanimar, de volver a poner en movimiento su pensamiento propio es lo que espera el analizando y es también lo que nosotros podemos compartir con él en el momento del hallazgo.

Sin embargo, la multitud de opciones posibles da cuenta del hecho que no existe causalidad unívoca entre la interpretación y aquello a lo que se refiere. Es por esto que todo hallazgo emerge del caos de elementos aislados: sucede aquí como con las "*Einfälle*" en general, esas «ideas súbitas involuntarias» de las que Freud, citando a Schiller, decía en *La Interpretación de los sueños* que nacían del hecho que la inteligencia retira su custodia para dejar que las ideas se precipiten en desorden, ideas a las que sólo se les pasa revista cuando forman una masa compacta. (*op. cit.*, p. 96).

El placer, aquí como en cualquier caso, viene de la acumulación de una tensión que encuentra una súbita resolución. El logro entonces es de ambos lados porque no está ligado al deseo de potencia del analista tal como se manifiesta en la infatuación anteriormente mencionada, sino al proceso analítico mismo, investido por el analista de un lado y por el analizando de otro.

Este investimento reposa en la capacidad sublimatoria de uno y otro. En el caso del analista, permite mantener disponibles contenidos representativos que estarían normalmente reprimidos, pero sin que por ello den lugar a actuaciones. En el caso del analizando, la capacidad sublimatoria impide que la disrupción inducida por el hallazgo sea sentida como la intrusión de una revelación de pensamientos contra la cual habría que protegerse, sino como una sorpresa de la cual puede gozar.

La sublimación permite así que cantidades considerables de libido escapen a la represión. El mecanismo utilizado guarda relación con el de la perversión en lo relativo a la pérdida objetal. Sin embargo, no existe denegación de la pérdida sino restitución del objeto en el Yo, a la manera del proceso de duelo.

Lejos de quedar desexualizado, el objetivo se ha vuelto "psíquicamente emparentado con lo sexual", es decir un sexual desligado de la relación directa con el objeto y pasando por la vía narcisista para volver a encontrarlo, pero bajo otra forma. La sorpresa y el placer que ella conlleva radican en una derivación de la satisfacción de poseer la respuesta hacia un goce más sutil que es el de la pregunta.

Para el analizando, la sorpresa se sitúa en la relación entre un supuesto saber sobre sí mismo y la emergencia contradictoria de un "sabido" olvidado.

Para el analista, inversamente, podrá haber sorpresa gracias a su capacidad de poner en latencia (y no de olvidar) su saber teórico-clínico y de dejar organizarse en él el encuentro entre los contenidos representativos de su paciente y los suyos propios.

La sorpresa nace entonces del descubrimiento que el sentido se muestra justamente porque ya no se encuentra atrapado en un procedimiento de búsqueda y que sólo de manera secundaria se ajusta a la teoría. "Me escuché entonces decirle": esta expresión es banal, a pesar que da cuenta de una actuación; el carácter ligeramente "*Unheimliche*" sugerido está ahí para dar a pensar que si ha sido dicho, es que no faltarían buenas razones. Que uno sea el primer sorprendido carecería de interés si no fuera porque existe, en un segundo momento, la posibilidad de comprender por qué se ha dicho.

Nuevamente el modelo metapsicológico del chiste puede servir de hilo conductor ya que muestra cómo un pensamiento preconsciente puede ser momentáneamente confiado al tratamiento inconsciente, mientras que lo que resulta de ese tratamiento es inmediatamente recuperado por el pensa-

miento consciente (*op. cit.*, p. 275). Es esta recuperación la que se carga de placer ya que la palabra o la imagen que emerge entonces lleva la huella del enigma de este inconsciente que nos hace correr en pensamiento, inmóviles en nuestros sillones.

El juego del “*Fort-Da*” se prolonga así en el consultorio del analista y vuelve ciertas interpretaciones parecidas a esas “*Witz*” que, como Freud anotaba, se las ignora en el instante anterior a que surjan, adornadas con las palabras que las revisten, aparición precedida “*de algo indefinible que se parecería a una ausencia, un fallo súbito de la tensión intelectual*” (*ibid.*, p. 278).

Freud aconsejaba a los psicoanalistas no “disputar al inconsciente el cuidado de establecer las relaciones” (“El Manejo de la interpretación de los sueños” en *La Técnica psicoanalítica*, p. 47). Esta recomendación concierne tanto al inconsciente del analizando como al del analista y conocemos al respecto la metáfora telefónica según la cual el inconsciente del analista se comporta como el receptor telefónico del inconsciente del analizando, que a su vez es identificado con el disco de marcación de llamada. Simplemente, en esta metáfora, la comunicación sólo va en un sentido como si el analizando no pudiera a su vez hacerse receptor de las llamadas que emanan del analista.

Parece necesario subrayar, al contrario, que si el analista puede investir grandes cantidades de afecto en su proceso de escucha, es porque retransmite a su vez algo que nace de su inconsciente. No sirve exclusivamente como máquina de interpretar, sino que relaciona sus contenidos propios con los que le llegan procedentes del paciente.

De esta manera podemos explicar, por ejemplo, *la hipermnesia* del analista capaz de restituir al analizando el detalle de una escena anteriormente evocada y luego olvidada por uno y por otro. En este caso en que el recuerdo regresa con una claridad casi alucinatoria, he planteado la hipótesis que este recuerdo ha estado en contacto anteriormente con los núcleos representativos propios del inconsciente del analista. Los elementos de recuerdo que conciernen a su paciente pueden entonces servirle de *recuerdos pantalla* de otros recuerdos, los suyos, que esos sí van a quedar inconscientes.

La hipermnesia del analista funciona entonces en reemplazo de su propia amnesia respecto de sus contenidos reprimidos, que encuentran no obstante por esta mediación, una manera de acercarse a la conciencia y prestan su energía gracias a este desplazamiento que los vuelve aceptables y hasta bienvenidos.

Esta hipermnesia da a los protagonistas de la escena analítica el sentimiento, en parte ilusorio, de vivir una suerte de copensamiento.

Podemos comprender este término de muchas maneras. La que yo propongo está en oposición del encuentro misterioso y empático entre dos no-dichos, se parece más bien a una competencia, entendiendo por ello no un certamen sino un juego de dos tal como lo ha concretizado Winnicott en el squiggle.

Más que el contenido de las representaciones, lo que se erotiza es el intercambio mismo; más que de disrupción, en este caso yo hablaría de desfase. En estos casos que corresponden al régimen de crucero de buen funcionamiento del análisis, tenemos el sentimiento de rectificar el rumbo más que de aportar revelaciones estruendosas.

Podemos así recordar el doble sentido de una palabra, subrayar un valor simbólico, esclarecer los aspectos de la sexualidad edípica en juego en tal frase o en tal recuerdo aparentemente desprovisto de tales elementos. Un término utilizado durante otra sesión o al principio de la misma puede ser propuesto como aproximación o, detrás de la argumentación abstracta, se hará surgir como en filigrana tal imagen o tal escenario fantasmático.

Lo que hacemos puntualmente, y a veces de tarde en tarde, puede en ciertos momentos de un análisis ocupar toda una sesión que funciona entonces como una suerte de inducción mutua, en el sentido de un apuntalamiento recíproco y no de una proyección.

Es el sentido del término construcción en el análisis y del placer que ésta conlleva, una vez más, para el analista y para el analizando.

Sabemos que Freud hace la diferencia entre la interpretación y la construcción (la "reconstrucción" según él, pero dejaremos este tema de lado) en función de la extensión de una y la otra, pero de pronto la pretensión de la construcción de cubrir un período y no un elemento aislado la hace susceptible de inexactitud y entonces el analista se encuentra en la posición de imponer al paciente una secuencia que tiene valor causal.

A lo largo de todo el texto de "Construcciones en el análisis", Freud se protege de abusar del poder; se trata ciertamente de un placer de dominio prohibido al analista a menos que se asimile a la sugestión hipnótica.

Aunque Freud afirma que el paciente queda libre de aceptar o de rechazar esta construcción, sin embargo el analista no puede renunciar a ella completamente sin encontrarse despojado del placer de comprender.

Todos tenemos ejemplos de análisis que nos han dado la impresión de haberse desarrollado al margen de las sesiones o, al menos, sin que se pueda establecer una clara relación entre el contenido de las mismas y las modificaciones a nivel de los síntomas. Inversamente, la construcción que resulta del juego de la inducción mutua entre el analista y el analizando escapa a esta relación de dominio.

Debemos entender la construcción no en el sentido de la reedificación arqueológica, sino en el sentido del juego de construcción con sus ajustes, sus piezas por buscar y ensamblar. Se puede jugar este juego a dos en una interacción dinámica en la que en cada momento no sólo se solicita el asentimiento del otro, sino que sobre todo es el equilibrio del conjunto lo que va a determinar si el nuevo agregado es bien o mal recibido.

El equilibrio en el caso de la construcción analítica está ligado a la sensación intelectual de certeza, es decir a la armonía que procura.

Si, tal como lo escribía Freud, el único elemento ético del análisis es el amor por la verdad, es ciertamente en función de esta exigencia interna que podemos obtener placer de esta exploración, a menudo dolorosa, en la que acompañamos a los pacientes sobre huellas que no han cesado de ser también las nuestras, gracias a la posibilidad regresiva que así se nos ofrece.

PR. SOPHIE DE MIJOLLA-MELLOR

8 rue du Commandant Mouchotte

75014, PARIS, FRANCE

s.mijolla-mellor@wanadoo.fr